

ga Rivas, aunque nacido en Nicaragua, pasó gran parte de su vida en El Salvador y su nombre está asociado indefectiblemente a las letras salvadoreñas; José Zorrilla no es venezolano; y Rafael Barrett es del Paraguay. No me fué permitido verificar lo siguiente, pero es más que probable que el "Froylán Turolos" (p. 133) no es sino Froylán Turcios, y que "P. las Casas" (p. 27) es el mismo Fray Bartolomé.

Notable es la casi completa ausencia de errores tipográficos. Fuera de unos cuantos acentos escritos, me fijé en otro solo error, el de la duplicación de las entradas de "Ingenio de esta corte, Un" y de "Chocano, José Santos": ésta aparece como dos distintas, bajo "Santos Chocano, José", y "Chocano, José Santos". Tomando en cuenta los miles de nombres citados, no cabe duda que la Cía. Wilson merece los honores de haber sacado a luz un modelo de obra, libre de erratas de imprenta.

Las observaciones dichas responden más bien al deseo de contribuir y no a la intención de condenar. Utilísimo para el que esto escribe ha sido ya este tomo, y de la presente oportunidad se aprovecha para agradecerle al doctor Grismer la feliz idea de poner al alcance de todos tan inapreciable guía.

JOHN E. ENGLEKIRK,  
Tulane University.

CIRO ESPINOSA, *Indagación y crítica; novelistas cubanos*.—Habana, Cultural, S. A., 1940. x + 175 pp.

La tradición literaria de Cuba está claramente impulsada hacia lo lírico. Abunda lo poético, que comenzara con los versos ingenuos del *Espejo de paciencia*, en detrimento de la prosa y del esfuerzo erudito. Este último es ya de más reciente adquisición. Apenas tiene un antecedente sabio en el bueno y olvidado Antonio Bachiller y Morales, con su típico estilo enredado que provocara la polémica entre Martí, Mitjans y Montoro. También Aurelio Mitjans, jovenzuelo enfermo y estudioso, se dió con hondura a bucear entre la abandonada historia literaria de Cuba pero no por eso prescindió de hacer versos—terribles versos patrióticos—, bajo el pseudónimo de "El Camagüeyano". Por otra parte el esfuerzo de Calcagno con su *Diccionario biográfico* fué coreado con las burlas maliciosas que de él hiciera el atrayente Panchito Chacón. Pasadas las grandes crisis políticas de la Independencia asoman fructuosos grupos de investigadores entre los que descuellan hoy los nombres maestros de Lazo, Chacón, Lizaso, González del Valle. Como ellos ha trabajado con tesón un hombre nuevo, Ciro Espinosa, que a la grave tarea de dirigir, con límpido decoro, un Centro oficial de Segunda Enseñanza, ha unido sus continuados trabajos de crítica y estudios de Lingüística.

Dada su calidad de profesor, las obras de Ciro Espinosa tienen el sello específico de su vocación. Su crítica está transida de vivencias didácti-

cas, no audaz ni fantasiosa pero tampoco reciamente atendida a lo clásico, en el cerrado concepto de la crítica histórica. No trae aquella fuerza demoleadora que caracterizó a Manuel Sanguily o la inquietud, un tanto exótica, de Enrique Piñeyro, pero sí es crítica recta, definida, claramente cubanizada, en un enfoque agudo de la caractereología y del estilo de vida—que se resuelve en estilo literario—del hombre de Cuba, porque conviene aclarar que Ciro Espinosa viene de las entrañas de la tierra y conoce la vida auténtica del guajiro, su lenguaje y sus gestos de sacrificio y toda la típica expresión de sus emociones. Dejó de ello una prueba exacta en su novela *La tragedia del guajiro* (1939), escrita con toda la angustia desolada del vivir en la tierra sin esperanza. Pero ni aun en la novela se separa Ciro Espinosa de la actitud didáctica de su vocación de profesor. Toma al guajiro tal como es, sin arrequives ni abalorios, con su lenguaje descansado y sus gestos cazurros. Sigue, en ello, aquel gesto del dulce viejo Cirilo Villaverde que solía poner, en boca de sus personajes, las sabrosas expresiones del ambiente. Con Villaverde puede seguirse paso a paso la marcha lenta de la semántica criolla que aún conserva, con el mismo matiz y sentido, expresiones inolvidables: "echar el resto", "dar la brava", "pasar la mota", "qué niño muerto", el "gurrupié"—neta descomposición de la palabra francesa *croupier*, como "mangar" lo es de *manger*. También por Ciro Espinosa quedarán, para el futuro, los decires y entonaciones del guajiro cubano, como un material en depósito que espera un intérprete para ofrecerle el secreto, siempre maravilloso, de la historia de las palabras.

Su último libro, *Indagación y crítica*, es un breve paseo entre la novela criolla, poco trillada, poco conocida, poco amada como todas las cosas buenas de nuestra tierra. Si nuestra poesía, a la que se han dedicado tantos esfuerzos, tiene aún hombres sin estudiar—tan vulgares y a la vez tan ricos como Saturnino Martínez o tan inquietos como Augusto de Armas—, y todo un ancho campo sin un solo recorrido, no es extraño que nuestra novelística aparezca a veces casi desconocida. En algunos casos se tienen ciertos esbozos biográficos, críticas amigas, y para los comienzos del arte de novelar los prólogos maestros de A. A. M. Eligio de la Puente en la "Colección de Libros Cubanos". Hay también los estudios del Dr. Raimundo Lazo, bajo cuya dirección trabaja una de sus discípulas, la doctora Amada Gomis, sobre los últimos veinticinco años de novela cubana, y como labor de conjunto sólo puede citarse un libro: *La narración imaginativa en Cuba*, del doctor Juan J. Remos.

Ahora Ciro Espinosa tomó a su cargo el desglose y comentario de tres novelistas, precisamente de tres hombres interesantísimos por su vida y por su estilo y por el momento histórico que le tocó vivir a cada uno de ellos. Nicolás Heredia, nacido en 1859; Miguel de Carrión, en 1875; Carlos Loveira, en 1882. El simple análisis de las fechas hará notar la distinta posición en que habrá de ponerse a Heredia, muy aparte de los otros dos, más modernos. Heredia es, por derecho de nacimiento, anterior, pero no les va en zaga en cuanto a captación del mensaje de la

tierra, campo que no suelen trillar los novelistas de Cuba, que son casi siempre, hombres de ciudad. También Carrión y Loveira—nacidos un tanto antes que los tres grandes novelistas de América: Gallegos, 1884; Güiraldes, 1886; Rivera, 1899—lucen algo retrasados en técnica y modernidad, pero no en cuanto a interpretación de ambiente. Por otra parte, debe hacerse constar que si ellos no lograron una anticipación total dentro de su momento literario, es porque vivieron dentro precisamente de un pueblo de tendencias cosmopolitas. En Cuba no hay gauchos, ni llaneros, ni selva caliente, ni ríos atormentados: sólo la llanura lisa como un sueño sin imágenes, el silencio de los veranos, la rumba sin violencia, los amenazantes campos de caña, y el mar, pero el mar es el gran olvidado de las letras cubanas. Hay además el "choteo" criollo, la gracia culpable de la nueva picaresca, con la amargura de una tierra rica, hecha de mármoles y hierro, y el vivir pobre sobre los campos acaudalados. Son estos los materiales que han de integrar, e integran, la novela cubana, que siempre, desde la colonia, registrará un John Valdespina que suene a conquistador americano y un Casimiro Foronda que personifique al comerciante español—al "gallego rico", dirá el hombre de la calle—, y unas cuantas mujeres hermosas hechas de rezo católico y brujería espiritista. Con estos tipos trabajó Nicolás Heredia, tomándolos del ambiente vivo. Con ellos continuaron su trabajo Loveira y Carrión. Además Loveira, obrero, escribió bajo el signo de la inquietud social, haciendo una novela de tipo avanzado aunque de contornos tradicionales. Carrión por su calidad de médico hizo una novela de tipo naturalista, pero que no era más que la tragedia de sentimiento y sexo que comenzaba a flotar sobre la áspera vida de una ciudad siempre en ascenso.

Ciro Espinosa ha interpretado a los tres novelistas criollos con el tono discreto que caracteriza toda labor de índole didáctica, más de subrayaje, de encauce y guía, que de descubrimientos imaginativos. Traza, con amor, el estudio de *Leonela*, de Heredia; con simpatía de hombre de ideas amplias el estudio de *Los ciegos* de Carlos Loveira, novelista y *leader* obrero. Y es en el análisis de Miguel de Carrión donde plantea las mejores y más cabales interpretaciones, quizá porque la índole densamente humana del libro le presta más ancha vigencia a sus valores y contenido. Giro Espinosa detalla y apunta los aciertos de Carrión en *Las honradas*, a la vez que sus fallas y sus titubeos. Se trata de un trabajo completo de indagación y crítica lleno de valores permanentes.

Es claro el sentido de su crítica positiva, hecha más para la orientación que como puro deleite literario. Y es claro, también, su método de análisis, casi exhaustivo, que hace resaltar minuciosamente todos los detalles de tipos y escenario, y con su franca posición de especialista se detiene en el estudio de las voces criollas y de los giros gramaticales. Su crítica, de detalle y de conjunto, de raíz y de proyección, si no del actual gusto amanerado de Benjamín Crémieux, hubiera sido muy de la preferencia de aquel gran maestro de la crítica cubana que fué Enrique Piñeyro. Pero la cualidad sobresaliente en el libro de Giro Espinosa—su

diafanidad, como diría Walter Pater—, es la exacta ubicación de los personajes que comenta en el centro de la vida criolla, en un sano traslado de las gentes de los libros a contrapunto y contraste con las gentes del vivir cotidiano. Su máximo acierto se ofrece en la real interrelación establecida entre los personajes estudiados y los personajes de cada día, entre los tipos literarios y los tipos reales, y que con profunda categoría de observador ha logrado puntualizar *Ciro Espinosa*.

ESPERANZA FIGUEROA,  
*La Habana.*

CASTRO ALVES, *Obras completas*. Introdução e notas de Afranio Peixoto.—São Paulo, Companhia Editora Nacional, 1938. Em dois tomos. Tomo I, 501 pp. Tomo II, 598 pp.

Para iniciar uma nova série de livros publicados pela Companhia Editora Nacional de São Paulo foram escolhidas as obras do maior dos genios nas letras brasileiras, Castro Alves, e para dirigir esta coleção ninguém mais competente que o distinguido escritor e professor de literatura, Afranio Peixoto, seu conterrâneo que lhe ocupa a Cadeira na Academia Brasileira.

A única outra edição digna do poeta que votou sua lira á redenção dos Escravos do Brasil, foi a de 1921, feita por ocasião das festas jubilares do Cincoentenário de Castro Alves. A presente edição é uma verdadeira honra ás letras do Brasil, com o seu texto apurado, as suas notas abaixo de cada poesia, e a introdução escrita com amor e erudição por Afranio Peixoto.

É só nos últimos quinze anos que a indústria do livro começa a desenvolver-se no Brasil, e a firma editora á qual se deve principalmente esta difusão do livro nacional é a antiga Companhia Gráfico-Editora Monteiro Lobato de São Paulo. Essa casa editora teve que suspender suas atividades em 1925, mas seus ex-directores, apesar do colapso financeiro, não perderam sua fé na indústria editora, e reunindo um pequeno capital vieram a fundar em 1926 a actual Companhia Editora Nacional. A nova firma editora ficou então sob a direção de Otales Marcondes Ferreira, vindo Monteiro Lobato aos Estados Unidos, onde principiou a escrever as histórias infantis hoje tão celebradas e conhecidas sob o titulo geral de *Reinações de Narizinho*.

A primeira obra editada pela Companhia Editora Nacional foi o livro de Hans Staden, *Meu Cativo* Entre os Selvagens do Brasil, livro que sendo primeiro publicado em 1549 veiu assim a ser a primeira obra escrita sobre o Brasil. Outros livros publicados nesse ano de 1926 foram a 33ª edição da *Gramática Expositiva* de Eduardo Carlos Pereira, *Nossa Senhora de Paris* de Vitor Hugo, *O Choque* de Monteiro Lobato, *O Príncipe de Nassau* de Paulo Setúbal, titulos que em seu conjunto in-